

A poco un ruiñeñor en la enramada  
Los tres largos silbidos de su trino  
Precursores lanzó. Corrió agitada  
La sultana al balcon, y mas vecino  
Volvió á silbar el ruiñeñor: callada  
E inmóvil escuchó: su oído fino  
Y ojo avaro alcanzaron, en la hondura,  
De un hombre el movimiento y la figura.

Un momento despues, en la maleza  
Que al mismo pié del torreón crecía,  
El ruiñeñor silbó: la fortaleza  
Y la continuidad con que lo hacia  
Su voz, de la que dió naturaleza  
Al ruiñeñor un tanto desdecía  
De cerca oída; pero al libre viento  
Era bien fácil confundir su acento.

Ató Aija á Abú Abdil por la cintura  
La punta de los lienzos anudados,  
De su firmeza y solidez segura;  
Los brazos un momento entrelazados  
Tuvieron madre é hijo con ternura  
Cordial: los labios trémulos, rasados  
De lágrimas los ojos, no encontraron  
Palabras, mas sus lágrimas hablaron.

Deshízose la madre la primera  
Del cariñoso lazo, y saltó el hijo  
Por la baranda del balcon afuera,  
Teniendo el lienzo las mujeres fijo.  
"Madre, dijo él, ¡adios por vez postrera!  
—¡Hijo de mi alma, adios! ella le dijo,  
Y, bajando la voz:—honra tu nombre,  
No vuelvas sino rey: lucha y sé hombre."

Dijo: y, á una señal, franqueza dando  
Las esclavas al lienzo, por la oscura  
Region del aire, suelto, fué bajando  
El príncipe Abdilá: justa pavura  
Le acongojó cuando se vió colgando  
Sobre la inmensa tenebrosa hondura;  
Vaciló su cerebro y, los antojos  
Del miedo por no ver, cerró los ojos.

Un momento despues cuatro forzudos  
Brazos en las tinieblas de él asieron:  
Una daga cortó junto á los nudos  
El lienzo, á hombros tomáronle, y huyeron.

Los brazos de las moras, á tan rudos  
Esfuerzos no hechos, libres se sintieron  
De repente del peso, y la sultana  
Se echó con ansiedad á la ventana.

Miró, escuchó, sin voz, sin movimiento,  
Parando en su atencion hasta el latido  
Del corazon y el curso del aliento:  
Pero ni gente, ni señal, ni ruido  
Se percibía: á la merced del viento  
El lienzo por abajo desprendido  
Flotaba, y era todo allá en la hondura,  
Silencio, soledad, sombra, pavura.

Apartóse en silencio la sultana  
Del ajimez: la tela recogida  
Poco á poco volvió por la ventana:  
Mas al entrar la punta suspendida  
Por fuera del balcon, de la africana  
El corazon mortal volvió á la vida;  
La punta trae de salvacion un gaje  
Infalible: el blason abencerraje.

Besóle la sultana, y su altanera  
Tranquilidad cobró: despidió luego  
Sus esclavas y, sola, dijo, fiera  
Reverberando en su mirada el fuego  
Del corazon: "Que venga cuando quiera  
Muley." Y en los cojines con sosiego  
Tendiéndose, al pesar y al miedo agena  
Segura de Abú Abdil, durmió serena.

## IV.

Y he aquí que la sultana	que el real generalife,
Cual reina soberana,	en esta noche mora,
Y acaso en su ventana	velaba en esta hora,
Detras de la persiana	tendida en un divan,
Oyó sobrecogida	cruzar el arrecife,
Que por la peña hendida	conduce hácia la sierra,
Diez hombres, que en huida	veloz y son de guerra,
Corriendo á toda brida	hácia la sierra van.

El rostro peregrino	llegando á la ventana,
Zoraya hácia el camino	miró: mas ¡vana empresa!
De polvo un remolino	velaba con espesa
Sombra el país vecino	al ojo mas sutil.
¿Quién puede á estos parajes	(se dijo la sultana)
Lanzarse en tan salvajes	caballos, audazmente
Tan ásperos pasajes	salvando?—Solamente
Los diez abencerrajes	que salvan á Abú Abdil.

## MAHOMA.

Mahoma nació en la Meca el año 578 de Jesucristo, el 53 antes de la egira, el 6163 del pecado de Adan (segun Abú-IFeda.) Fué hijo de Abdalláh, y nieto de Abdel-Motaleb, y descendiente por padre y madre de la tribu nobilísima de los coreishitas. Entre los árabes se conserva su genealogía desde Adan por Abraham é Ismael.

El nacimiento del profeta fué acompañado de raros prodigios. En el momento de nacer una radiante claridad iluminó las ciudades y pueblos de los alrededores de la Meca. El fuego sagrado de Zoroastres, que ardía hacia mil años, se estinguió. El palacio de Cosroes, rey de Persia, se estremeció y cuatro de sus torres se desplomaron. Secáronse varias lagunas y brotaron en el desierto ruanantiales de frescas aguas. El recién nacido, poniéndose de rodillas y elevando las manos y la vista al firmamento, exclamó con voz varonil: *Dios es grande. No hay mas Dios que Dios, y yo soy su profeta.* El sonido de su voz precipitó en los infiernos á los espíritus de las tinieblas, y á los genios enemigos del género humano, que estaban guarecidos en los planetas y en los signos del zodiaco; y cuando su madre le tomó en sus brazos para darle el pecho, reconoció con asombro que habia nacido circuncidado. Por cuyas maravillas se le dió el nombre de Mahomet ó Mahomad, que significa lleno de gloria.

Su madre Amæna le confió á una nodriza campesina, llamada Halima, quien le pidió para criarle despues de haberlo rehusado otras nodrizas por razon de su pobreza; pues su padre Abdalláh, que murió á los dos meses de su nacimiento, no le dejó mas que á Baracca, esclava etiope, y cinco camellos, único caudal que poseía. Halima llevó consigo á Mahoma al desierto de los saaditas, su país, huyendo de la insalubridad del aire de la Meca, donde pasó los tres primeros años de su vida en compañía de otro hijo de Halima llamado Masruht.

En esta época fué cuando, vagando por el campo los dos niños, les salieron al encuentro dos personajes vestidos de blanco, quienes asiendo de Mahoma le tendieron en tierra y le abrieron el pecho; y uno de ellos, que era el ángel Gabriel, le sacó

el corazon, le lavó y purificó, le inspiró la virtud, la fé y la sabiduría, y volviéndosele á colocar sin dolor dentro del pecho, desapareció con su compañero. Este prodigio contado por Masruht, espantó de tal manera á la nodriza, que devolvió el niño á su madre.

Murió esta á poco, y Abdel-Motaleb recogió á su nieto en su casa, criándole como á sus propios hijos; pero muerto este á los cinco años, Abú-taleb, su tío, se encargó de él y le llevó á Siria para que se instruyera en el comercio. En uno de los viajes que con él hizo habiéndose hospedado en el monasterio de Bosra, un santón llamado Bahira le predijo un brillante porvenir. Vuelto á la Meca, su conducta ejemplar, su talento y su varonil belleza le granjearon la voluntad de todos los amigos de su tío, hasta que sus invectivas contra la idolatría les hicieron recelar de su corazon ambicioso. En sus primeras controversias con los sábios prevalecieron siempre sus opiniones; y en las primeras campañas que hizo, teniendo aun solos quince años, la victoria siguió constantemente su partido.

Los coreishitas, que guardaban la Caaba ó casa de Dios, edificada, segun se dice, por Abraham, quisieron construirla de nuevo con mas magnificencia. Hízose la argamasa con agua del pozo de Zemzem, que es la fuente que mostró el ángel á la madre de Ismael fugitiva; mas cuando llegó el caso de colocar la famosa *pedra negra*, todas las tribus se disputaron el honor de colocarla. Conocido es el origen maravilloso de esta piedra sagrada. Cuando reconciliados Ismael y Abraham construian la Caaba, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el ángel Gabriel los trajo una larga piedra que se sostenia en el aire milagrosamente sin apoyo alguno, elevándose ó bajándose segun la necesidad de los arquitectos. Esta piedra era entonces un jacinto blanco; pero habiéndola tocado mas adelante una mujer en estado impuro, se volvió negra. Despues de largas disputas sobre sus derechos al honor de colocar la santa piedra, las tribus árabes se convinieron en cederlos al primero que entrara en el templo. Mahoma, que acertó acaso á pasar por allí, hizo poner la *pedra negra* sobre



una alfombra estendida, de cuyo borde asió un hombre de cada tribu, y cuando le levantaron entre todos, él mismo la colocó en su lugar.

Imposible era que este jóven no llamara sobre sí la atención universal. Una viuda noble y rica, que comerciaba con gran fortuna, le encargó de la dirección de sus negocios: entró Mahoma en casa de Cádiga, no como algunos dicen, para conducir sus camellos, sino en calidad de asociado. Los intereses de Cádiga le obligaron á emprender un viaje á la Siria, y mientras atravesaba los abrasados desiertos de la Arabia, un ángel le hacía sombra con sus alas. Cuéntase que cerca de Bosra, habiéndose sentado al pié de un árbol seco, reverdecíó de repente llenándose de hojas y flores; y que este milagro convirtió á dos monges cristianos que reconocieron en Mahoma el Profeta de Dios. Volvió Mahoma felizmente de su viaje cargado de riquezas: Cádiga le ofreció su mano, y él la aceptó; tenía entonces Mahoma veinticinco años, y Cádiga cuarenta. Esta fué la primera que tuvo fé en la misión de su marido y él la amó constantemente, negándose mientras ella vivió á tomar otras mujeres, como la ley de su país se lo permitía. Pasó en la soledad los quince años primeros de su matrimonio meditando la religion que debía someterle el Oriente. Estaban por entonces sumidos los Arabes en la más ciega idolatría, y el templo de la Meca, consagrado en su origen á un solo Dios, encerraba mas de trescientos ídolos. Mahoma, resuelto á destruir tan absurdas creencias, determinó componer el Korán para presentarse á su nacion protegido por un libro divino; y conociendo bien al pueblo para quien escribía, lo hizo en un estilo gracioso, lleno de brillantes imágenes y de seductoras promesas que halagasen sus inclinaciones, publicándole diestra y políticamente en el espacio de veintitres años, por capítulos, y segun las circunstancias. Mahoma declaró que no sabia leer ni escribir; afectó el tono y maneras imponentes de los profetas, y anunció que el ángel Gabriel dictaba sus palabras (1).

A los cuarenta años de su edad juzgó llegado el momento oportuno para predicar su religion. Retiróse como lo hacia todos los años á una gruta del monte Hara; y allí, en medio de la noche, el ángel Gabriel descendió del cielo y le dijo: *lee.*—No sé, respondió Mahoma.—*Lee en el nombre del Dios Criador, lee,* replicó el ángel, presentándole los primeros versículos del capítulo 96 del Korán, que Mahoma repitió de memoria, y subiendo á lo alto de la montaña, oyó una voz celestial que le dijo estas palabras: *Mahoma, tú eres el profeta de Dios, y yo soy su ángel Gabriel.* Hé aquí el maravilloso origen del *Islamismo*, título que dió Mahoma á su doctrina, y que significa *consagrar á Dios.*

Aly, hijo de Abú-taleb, Zaid, Abú-beere, Otman, Aberhoman, Saad, Zobair, Telha, Abú-Obeida, Saíd, Abdalláh, Amer, ciudadanos notables de la

(1) Una paloma, enseñada por él, venia á comer en sus hombros el trigo que colocaba dentro de su oído, con lo cual persuadió al pueblo que el Angel Gabriel le hablaba al oído bajo la forma de este ave.

Meca, se unieron bien pronto al profeta; reunió todos sus parientes, les anunció una nueva revelación de Gabriel, y les dijo: "Os ofrezco la dicha en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿Quién de vosotros será mi visir (2)? ¿Quién de vosotros será mi kalifa (3)?" Viendo que todos callaban, Aly indignado levantóse y dijo: "Yo, profeta; yo partiré contigo tus trabajos, y exterminaré á tus enemigos." Abrazó Mahoma al ardiente Aly, y dijo: "ved aquí á mi hermano, á mi vicario y á mi kalifa; escuchadle y obedecedle."

Esta primera prueba de Mahoma no obtuvo gran éxito: el pueblo se indignó contra el que destruía sus dioses; toda su familia le abandonó, y solo sus discípulos le quedaron fieles. Los coreishitas, que eran en la Meca lo que los levitas en Jerusalem, se reunieron para aniquilar al que derribaba sus altares. Declararon al viejo Abú-taleb, que si no hacia callar á su sobrino tomarian las armas para exterminar la secta naciente. Aterrado Abú-taleb se abocó con Mahoma, pero el Profeta le dijo: "Aun cuando armaran contra mí al sol y á la luna, y viera yo á estos dos astros venir contra mí, uno por la derecha y otro por la izquierda, no retrocederia." Admiróse Abú-taleb de tan firme resolución, y prometió á su sobrino no abandonarle jamás.

La tribu entre tanto reunida decretó el destierro de Mahoma y de todos los que habian abrazado el islamismo. El profeta se retiró al monte Safa; Abú-gehel fué á buscarle allí y le llenó de injurias, á las que Mahoma no contestó. Pero Hamza, su tio, decidido á vengarle, mató al insolente en medio de la asamblea de los coreishitas, y se hizo musulman: fué esta conversion un triunfo para el profeta; y viendo sus enemigos que la persecucion no intimidaba á los sectarios del islamismo, decidieron echar mano de un hombre bastante determinado para quitar la vida á su gefe. El feroz Omar se ofreció á ello, y salió armado á buscar al profeta en su retiro. Detúvose en el camino en casa de una hermana suya, á la cual encontró leyendo un capítulo del Korán. Esta lectura cambió de tal manera la disposición de su ánimo, que haciendo lugar en él al entusiasmo el furor y la violencia, corrió al monte Safa, donde halló á Mahoma rodeado de cuarenta fieles. "Ye vengo á tí, le dijo Omar, para creer en Dios y en su apóstol;" y abrazando en aquel punto el islamismo, abandonó la idolatría, y fué el más celoso defensor del profeta, pero conservó siempre su natural ferocidad. Era esta tal, que le apellidaron El-faruk (el divididor), porque partió en dos de una cuchillada á un musulman que se atrevió á reclamar contra una sentencia de Mahoma. La desercion de Omar puso el colmo al miedo de los enemigos del profeta, su persecucion se hizo general; toda la familia y los partidarios de Mahoma fueron proscriptos.

(2) Consejero. Aly fué el primero que obtuvo este título.

(3) Sucesor. Aly no obtuvo este sino despues de Abú-beere, Otman, y Omar, á quienes los Persas miran como usurpadores. Esta diversidad de opiniones sobre el Kalifato produjo luego sangrientas guerras entre los otomanos, sectarios de Abú-beere, y los Persas, sectarios de Aly.

El decreto de proscripción escrito en un pergamino se depositó en la Caaba; al cabo de tres años Mahoma, que no se habia apartado de Abu-taleb, le anunció que el cielo habia dado á un gusano victoria sobre el decreto de los coreishitas. Abú-taleb dijo á los principales del pueblo que un gusano habia roído toda la acta de destierro, á escepcion del nombre de Dios. Los coreishitas acudieron al templo, abriendo la caja en que estaba el decreto, y hallaron con espanto que no quedaba de él mas que un poco de polvo, y el sitio en que estaban escritas estas palabras: "En tu nombre, oh gran Dios." Abolióse desde este momento la ley de proscripción, y Mahoma y los suyos volvieron á presentarse en público.

En esta época hizo Mahoma un gran milagro. Los coreishitas, para confundir al profeta, le mandaron comparecer ante un sabio anciano encargado de examinar su misión. Este viejo, príncipe de su tribu, llamado Habib, habia sido judío, cristiano y mago, y conocia todas las religiones. Colocóse en un trono alzado en el campo y rodeado de todos los príncipes árabes. Presentóse Mahoma sereno delante de su juez, quien para prueba de ser enviado de Dios, le propuso que cubriese el cielo de tinieblas, y que hiciese bajar á la luna sobre la Caaba. Se hallaba el sol á tal punto en mitad de su carrera. Mahoma llamó á las tinieblas, y la noche se extendió por el firmamento; apareció en él la luna que, abandonando su marcado curso, se cernió en los aires, se paró sobre el techo del templo de la Caaba, dió siete vueltas á su alrededor y se situó despues sobre un monte vecino, desde el cual pronunció un discurso en alabanza del profeta. Metióse en seguida por la manga derecha de su vestidura, salió por la izquierda, y se dividió en dos pedazos, que fueron uno por Oriente y otro por Occidente á reunirse en el cielo. Abú-l Feda, el mejor historiador del profeta, no hace mención de semejante milagro. Mahoma mismo no se atribuyó jamás el poder de obrarlos, y dice en diferentes capítulos del Korán, que él solo está encargado de la predicacion. Poco tiempo despues de abolida la ley de proscripción perdió Mahoma á su tio Abu-taleb, cuyo afecto habia siempre conservado, aunque no pudo nunca reducirle á abrazar el islamismo. Cádiga su mujer murió por el mismo tiempo. Los coreishitas hicieron morir á ambos, y Mahoma puso el colmo á su furor con su relacion de su prodigioso viaje nocturno, del que damos en seguida un resumen.

#### VIAJE NOCTURNO DE MAHOMA.

Dormia yo (dice el profeta) en el valle estendido entre las colinas Safa y Merva, cuando el ángel Gabriel me despertó. Traia con él á El-borak (resplandeciente), yegua de un gris plateado, cuya marcha es tan rápida que avanza en cada paso lo que la mejor vista no puede alcanzar. Sus ojos brillaban como estrellas. Desplegó sus dos inmensas alas de águila, acerquéme á ella y empecé á cocear. "Estate quieta, le dijo Gabriel, y obedece á

Mahoma." La yegua respondió: "El profeta Mahoma no cabalgará sobre mí, si no me promete que entraré en el paraíso el dia de la resurrección." Yo se lo prometí. Dejése entonces montar, y en un instante nos hallamos á las puertas de Jerusalem.

Al entrar en el templo hallé á Abraham, á Moisés y á Jesus. Oré con ellos, y acabada la oración cayó del cielo de repente una escala de luz, por la cual atravesamos la inmensa estension del aire con la rapidéz del relámpago.

Llegados al primer cielo, llamó el ángel á la puerta.

—¿Quién va? preguntaron.

—Gabriel, respondió el ángel.

—¿Quién es tu compañero?

—Mahoma.

—¿Ha aceptado su misión?

—Sí.

—Sea, pues, bien venido.

A cuyas palabras la puerta, mas grande que la tierra, giró sobre sus goznes y entramos.

Este primer cielo es de plata pura, y en su hermosa bóveda están colgadas las estrellas en gruesas cadenas de oro. En cada una de estas estrellas está de guardia un ángel, para impedir á los demonios que escalen el firmamento.

Un anciano decrepito vino á abrazarme llamándome el mayor de sus hijos; era Adan. No tuve tiempo para hablarle; distrájose mi atención con una multitud de ángeles de todas formas y de todos colores; los unos tenían forma de caballos, los otros de lobos, etc. En medio de estos ángeles ví un gallo de una blancura mas brillante que la nieve, y de tan sorprendente magnitud que su cresta toca con el segundo cielo, distante del primero las jornadas de quinientos años. Todo esto me hubiera maravillado mucho, si Gabriel no me hubiese dicho que estos ángeles están allí, bajo la forma de animales, para rogar á Dios por todas las criaturas de la misma especie que viven sobre la tierra; y que este gran gallo es el ángel de los gallos, cuya principal obligacion es la de alegrar á Dios todas las mañanas con su canto y con sus himnos.

Dejamos atras el gallo y los ángeles animales para entrar en el segundo cielo, que es de acero limpio y pulimentado. Allí encontré á Noé, que me recibió con los brazos abiertos; Juan y Jesus se me acercaron en seguida, y me llamaron el mayor y el mas excelente de los hombres.

Subimos al tercer cielo, que está mas lejos del segundo que este del primero. Para soportar la brillantez deslumbradora de este cielo, hecho de piedras preciosas, es preciso ser á lo menos profeta. Entre los seres inmortales que le habitan, ví un ángel cuya altura está fuera de toda comparación, el cual tiene á sus órdenes cien mil ángeles, cada uno de los cuales es solo mas fuerte que cien mil batallones de hombres armados para el combate. Este ángel colosal se titula el confidente de Dios: su talla es tan prodigiosa, que tiene setenta mil jornadas de un ojo á otro. Tiene este ángel delante de sí un inmenso escritorio, sobre el cual, y en



un gran libro, no cesa nunca de escribir y de borrar. Gabriel me dijo que, siendo al mismo tiempo secretario de Dios y ángel de la muerte, está continuamente ocupado en escribir los nombres de todos los que nacen, en calcular los días que deben vivir, y en borrarles del libro conforme llegan al término que á cada cual fija su cálculo. Volaba el tiempo, y era fuerza aprovecharle; pasamos, pues, al cuarto cielo. Henoc, que se hallaba en él, se manifestó embelesado con verme. Este cielo es de plata tan fina y tan trasparente como el cristal mas puro; está poblado de ángeles corpulentos, uno de los cuales, menor que el ángel de la muerte, tiene sin embargo quinientas jornadas de altura. El destino de este ángel es muy triste; su ocupacion es llorar los pecados de los hombres, y predecir los males que por ellos se les preparan.

Sus lamentaciones no me agradaban ciertamente para escucharlas por largo tiempo, así que entramos prontamente en el quinto cielo. Aaron salió á recibirnos y me presentó á Moisés, el cual se recomendó á mis oraciones. Este quinto cielo es de oro purísimo; los ángeles que le habitan casi nunca se rien; y tienen razon, porque son los guardadores de las venganzas divinas y del fuego asolador de su cólera celestial. Están asimismo encargados de los suplicios de los pecadores endurecidos, y de preparar tormentos horribles para los Arabes que rehuyen abrazar mi religion. El triste espectáculo de su presencia me hizo apresurar mi camino, y me remonté con mi guía al sexto cielo. Allí volví á encontrar á Moisés, que se echó á llorar al verme, porque, segun me dijo, yo habia de conducir al paraíso mas Arabas que él judíos. Mientras que yo le consolaba sentíme arrebatado sin saber cómo, y con un vuelo mas rápido que el pensamiento llegué al sétimo y último cielo. No se puede formar idea de la riqueza de este hermoso paraíso; satisfaceos, pues, con saber que está hecho de luz divina. El primero de sus moradores que en él hallé es mayor que toda la tierra. Tiene este sér setenta mil cabezas; cada cabeza tiene setenta mil bocas; cada boca tiene setenta mil lenguas, que hablan continuamente, todas y cada una setenta mil idiomas diferentes, para celebrar las alabanzas de Dios.

Después de haber admirado esta gigantesca y celestial criatura, arrebatado súbitamente por un soplo divino me hallé sentado al pie del granado inmortal. Este hermoso árbol está plantado á la derecha del trono invisible de Dios; de ese trono ante el cual arden sin cesar catorce cirios, que tienen de altura las jornadas de setenta años. Las ramas del granado, que tienen de largas la distancia que hay del sol á la tierra, dan sombra á una multitud de ángeles mas numerosa que los granos de arena de todos los mares, de todos los rios y de todos los arroyos. En las ramas de este granado están guarecidos los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasajes del divino Korán. Las hojas de este árbol se parecen á las hojas del elefante; sus frutos son mas dulces que la leche: uno solo bastaria para alimentar durante un

día á todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepita encierra una hurí; estas vírgenes divinas están destinadas á los placeres eternos de los musulmanes. Las hay de cuatro especies, blancas, de color de rosa, amarillas y verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal. Sus ojos son tan hermosos que si una de ellas echase una miradá sobre la tierra en la noche mas tenebrosa, la alumbraria con mayor luz que el sol en su mayor brillantez. La saliva de una Hurí bastaria para hacer la mar tan dulce como la miel.

Las Huris se entregarán á las caricias de los fieles sin perder jamas su virginidad.

Cuatro rios brotan del pie de este granado; dos corren hácia el paraíso, y dos hácia la tierra; estos dos últimos son el Nilo y el Eufrates, cuyo origen no habia antes que yo conocido nadie. Aquí me dejó Gabriel por no serle permitido penetrar mas adelante, y cedió su lugar á Rafael, quien me condujo á la casa divina de la adoracion, donde se reúnen cada dia en peregrinacion setenta mil ángeles de la mas alta gerarquía, y cada dia son diferentes. Esta casa, construida con jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente, se parece exactamente al templo de la Meca; y si, desde el sétimo cielo donde se halla, cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algun dia, caería necesariamente sobre el templo de la Meca; lo cual es tan cierto como extraordinario.

Apenas fijé la planta en la casa de la adoracion, un ángel me ofreció tres copas: la primera estaba llena de vino, la segunda de leche, la tercera de miel. Yo elegí la de la leche, y entonces una voz mas fuerte que diez truenos hizo resonar en los aires estas palabras: "¡Oh, Mahoma! bien has elegido; porque si hubieras bebido el vino, tu nacion hubiera sido tan viciosa como desdichada."

Un espectáculo nuevo desvaneció mi vista. Con mas rapidez que puede concebir la imaginacion humana, Rafael me hizo atravesar dos mares de luz y otro de tinieblas de extension inmensurable, pasados los cuales me sentí en la inmediata presencia de Dios. El terror sobrecogió mis sentidos, y una voz mas estrepitosa que la del mar en la tempestad, me dijo: "¡Llega ¡oh Mahoma! acércate al trono de la gloria." Obedecí, y á un lado del trono leí estas palabras: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* Al mismo tiempo puso Dios su mano derecha sobre mi pecho, y la izquierda sobre mi espalda: sentí un frio agudo sobre mi cuerpo que me heló hasta la médula de los huesos; pero este dolor fué seguido felizmente de inesplicable delicia que embriagó mi alma, y que no puede ser conocida por los hijos de los hombres.

Tras este enagenamiento tuve con Dios una conversacion familiar y larga. En ella me dió Dios los preceptos que os doy escritos en el Korán; ordenándome espresamente que os exhortara á sostener con las armas y á defender con vuestra sangre la santa religion que os predico.

Cuando Dios concluyó de hablar, Gabriel volvió á unirse conmigo: desplegó sus ciento cuarenta pa-

res de alas brillantes como la luz del sol, y empezamos á descender de los siete cielos, deteniéndonos á cada paso para oír los cánticos que los espíritus celestiales elevaban en alabanza nuestra.

Habíame Dios ordenado orar cincuenta veces por día, y al pasar por el cielo de Moisés le dí á conocer la órden que habia recibido: "Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los hebreos, ruega á Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamas cumplirlo." Volví á remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redujo á cuarenta. El sabio Moisés me aconsejó que le hiciese nuevas instancias, y después de repetidos viajes míos, Dios redujo á cinco el número de las oraciones diarias.

Vueltos, en fin, á Jerusalem, volví á elevarse al firmamento la escala de luz que nos habia llevado hasta él: El-borak me esperaba; todavía era de noche, volvíome á llevar, agitando dos veces solamente sus inmensas alas de águila, al lugar donde me habia encontrado. Entonces dije á Gabriel: "Mucho temo que mi pueblo se niegue á dar crédito á la relacion de este viaje.—Pierde cuidado, me respondió el ángel; el fiel Abú-becre, y el fiero y justo Aly mantendrán la verdad de estos prodigios (1)."

Creyeron muchos desde luego esta maravillosa relacion, y los doctores mahometanos la escornaron después con voluminosos comentarios; mófaronse, empero, de ella los coreishitas poniéndola en ridículo, lo cual hizo perder á Mahoma algunos discípulos, á quienes la firmeza de Abú-becre hizo volver á su creencia. De todos modos motivó este relato nuevas y violentas persecuciones.

Progresaba, sin embargo, el nuevo culto en Medina, y la mayor parte de la ciudad habia ya abrazado el islamismo. Mosaab, su gefe, condujo en peregrinacion á la Meca sesenta y tres de sus principales moradores. Juraron ser fieles á Mahoma, y el profeta les prometió el paraíso. Mandó á los nuevamente convertidos que escogiesen doce de entre ellos para velar sobre el pueblo de Medina. "Yo os constituyo defensores del pueblo con el mismo poder que tuvieron los discípulos de Jesus, porque yo soy el defensor y el gefe de todos los verdaderos creyentes."

Previendo la tempestad que fermentaba contra él en la Meca, persuadió á todos los musulmanes á que se retirasen á Medina; hizo conducir allí á su familia, y se quedó solo en la Meca con Abú-becre y Aly, no queriendo huir él mismo sino de un peligro real. Creyéndole abandonado los coreishitas se reunieron en una asamblea, y doctores hay que aseguran que el diablo, habiendo tomado la figura de un anciano, fué tambien de esta reunion, y que refutó todas las opiniones de los que propusieron alguna avenencia entre los partidos. Decretóse, pues, la muerte de Mahoma, y la ejecucion de este

decreto se aplazó para la noche siguiente. Conociendo el Profeta el peligro en que su vida se hallaba, mandó al generoso Aly que envolviéndose en su caftan verde, se acostase en su lecho en lugar suyo, y aprovechándose de las tinieblas fugóse de la ciudad con Abú-becre. Esta es la época célebre en que empiezan los orientales á contar su era llamada la *egira*, que vale tanto como la *fuga*.

Llegó la noche, y á la hora convenida entraron los asesinos en casa del sentenciado con los puñales en la mano; mas detuviéronse el encontrar á Aly solo y cubierto con las vestiduras del Profeta. Asegúrase que el fiel amigo de Mahoma les adornó echándoles polvos sobre la cabeza, pronunciando al mismo tiempo algunos versículos del Korán. Convencido Mahoma de que sería perseguido, echó por un camino estraviado, y ocultose en una caverna. Cuando los asesinos que le buscaban se disponian á entrar en ella para registrarla, encontraron obstruida su entrada con una espesa tela de araña, sobre la cual habia puesto sus huevos una paloma. Volviéronse, pues, atrás y el Profeta continuó su camino. Soraka, sin embargo, seguido de unos cuantos, alcanzándole bien pronto, dió sobre él lanza en mano. Mahoma le llamó por su nombre: á su voz el caballo de Soraka cayó derribado en tierra boca arriba, con cuyo milagro, aterrado el asesino, se hizo musulman.

El viénes siguiente entró Mahoma en Medina, conducido por sus discípulos bajo un dosel de flores. En el sitio en que se detuvo su camello, hizo construir una mezquita. Ocupóse seriamente en asegurar su poder, atrajo para siempre á su partido á Abú-becre dándole por esposa á su hija Aiesha: mandó á sus discípulos que se amaran como hermanos, y á todos los creyentes que volvieran el rostro hácia el templo de la Meca para hacer oracion, dando al *Muezin* la fórmula con que debia convocar al pueblo para hacerla (2). Instituyó el ayuno ó cuaresma del mes de ramadan, porque en él recibió del cielo el primer capítulo del Korán, que está escrito en él eternamente, aunque hay doctores que afirman que Dios escribió sus augustas páginas en la piel del cordero que le sacrificó Abraham en lugar de su hijo Isaac. Publicó finalmente el capítulo que manda combatir contra los idolatras, y por primera vez defendió su religion con las armas en la mano. Con trescientos trece hombres, dos caballos y setenta camellos, salió al campo contra dos mil coreishitas idolatras; arengó á sus soldados llenándoles de sagrado entusiasmo, y los mostró tres mil ángeles prontos á combatir por ellos, triunfando así de sus enemigos. Jelál-éd-dyn asegura que esto fué un milagro portentoso, y dice que los ángeles vestidos de largos y flotantes mantos, ceñida la frente con turbantes amarillos, y montados en caballos manchados de blanco y negro, pelearon á la cabeza de los creyentes; y añádese tambien que dos idóla-

(1) Dicen algunos autores musulmanes que salió Mahoma de su habitacion para ir al paraíso, y que recorrió todos sus siete cielos con tan prodigiosa velocidad, que después de haberlos visitado exactamente, volvió á su lecho á tiempo aún de impedir que se vertiera enteramente un vaso de agua, que el ángel Gabriel habia volcado con una ala al levantar su vuelo.

(2) "Dios es grande. No hay mas Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid á orar. Venid á adorarle. Dios es grande. Dios es único." Estas son las palabras que dice el Muezin al pueblo desde los alminares de las mezquitas cinco veces al día; al rayar el alba, al medio día, á las tres de la tarde, al ponerse el sol y dos horas después.